

me hubiera mandado que los entregara al fuego, en habiendo entregado su cuerpo á la tierra.—De mayor rigor y crueldad usareis vos con ellos, dijo Vivaldo, que su mesmo dueño, pues no es justo ni acertado que se cumpla la voluntad de quien lo que ordena va fuera de todo razonable discurso: y no le tuviera bueno Augusto César, si consintiera que se pusiera en ejecucion lo que el divino Mantuano dejó en su testamento mandado: así que, señor Ambrosio, ya que deis el cuerpo de vuestro amigo á la tierra, no querais dar sus escritos al olvido: que si él ordenó como agraviado, no es bien que vos cumplais como indiscreto; ántes haced, dando la vida á estos papeles, que la tenga siempre la crueldad de Marcela, para que sirva de ejemplo en los tiempos que están por venir á los vivientes, para que se aparten y huyan de caer en semejantes despeñaderos: que ya sé yo y los que aquí venimos, la historia deste vuestro enamorado y desesperado amigo, y sabemos la amistad vuestra, y la ocasion de su muerte, y lo que dejó mandado al acabar de la vida: de la cual lamentable historia se puede sacar cuánta haya sido la crueldad de Marcela, el amor de Grisóstomo, la fe de la amistad vuestra, con el paradero que tienen los que á rienda suelta corren por la senda que el desvariado amor delante de los ojos les pone: anoche supimos la muerte de Grisóstomo, y que en este lugar habia de ser enterrado, y así de curiosidad y de lástima dejamos nuestro derecho viaje, y acordamos de venir á ver con los ojos lo que tanto nos habia lastimado en oïllo: y en pago desta lástima, y del deseo que en nosotros nació de remedialla, si pudiéramos, te rogamos, ó discreto Ambrosio, á lo menos yo te lo suplico de mi parte, que dejando de abrasar estos papeles, me dejes llevar algunos dellos: y sin aguardar á que el pastor respondiese, alargó la mano y tomó algunos de los que mas cerca estaban.—Viendo lo cual Ambrosio, dijo:—Por cortesía consentiré que os quedeis, señor, con los que ya habeis tomado; pero pensar que dejaré de quemar los que quedan, es pensamiento vano. Vivaldo que deseaba ver lo que los papeles decian, abrió luego el uno dellos, y vió que tenia por título: *Cancion desesperada*. Oyólo Ambrosio, y dijo:—Ese es el último papel que escribió el desdichado; y porque veais, señor, en el término que le tenian sus desventuras, leelde de modo que seais oïdo, que bien os dará lugar á ello el que se tardare en abrir la sepultura.—Eso haré yo de muy buena gana, dijo Vivaldo: y como todos los circustantes tenian el mesmo deseo, se le pusieron á la redonda, y él leyendo en voz clara, vió que así decia.

CAPÍTULO XIV.

Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucesos.

→→→→→
Cancion de Grisóstomo.
 →→→→→

A que quieres, cruel, que se publique
 De lengua en lengua, y de una en otra gente,
 Del áspero rigor tuyo la fuerza,
 Haré que el mesmo infierno comunique
 Al triste pecho mio un son doliente,
 Con que el uso comun de mi voz tuerza.
 Y al par de mi deseo, que se esfuerza
 A decir mi dolor y tus hazañas,
 De la espantable voz irá el acento,
 Y en él mezclados por mayor tormento
 Pedazos de las miseras entrañas.
 Escucha pues, y presta atento oïdo,
 No al concertado son, sino al ruido,
 Que de lo hondo de mi amargo pecho,
 Llevado de un forzoso desvario,
 Por gusto mio sale y tu despecho.
 El rugir del leon, del lobo fiero
 El temeroso aullido, el silbo horrendo
 De escamosa serpiente, el espantable
 Baladro de algun monstruo, el agorero
 Graznar de la corneja, y el estruendo
 Del viento contrastado en mar inestable:
 Del ya vencido toro el implacable
 Bramido, y de la viuda tortolilla
 El sentible arrullar, el triste canto
 Del envidado buho, con el llanto
 De toda la infernal negra cuadrilla,

Salgan con la doliente ánima fuera,
Mezclados en un son de tal manera,
Que se confundan los sentidos todos,
Pues la pena cruel que en mí se halla,
Para contalla pide nuevos modos.

De tanta confusion, no las arenas
Del padre Tajo oirán los tristes ecos,
Ni del famoso Bétis las olivas:

Que allí se esparcirán mis duras penas
En altos riscos y en profundos huecos,
Con muerta lengua y con palabras vivas:

O ya en oscuros valles, ó en esquivas
Playas desnudas de contrato humano,
O adonde el sol jamas mostró su lumbre,
O entre la venenosa muchedumbre
De fieras que alimenta el libre llano:

Que puesto, que en los páramos desiertos
Los ecos roncros de mi mal inciertos
Suenen con tu rigor tan sin segundo,
Por privilegio de mis cortos hados,
Serán llevados por el ancho mundo.

Mata un desden, atierra la paciencia
O verdadera ó falsa una sospecha:
Matan los zelos con rigor mas fuerte:

Desconcierta la vida larga ausencia:
Contra un temor de olvido no aprovecha
Firme esperanza de dichosa suerte.

En todo hay cierta inevitable muerte;
Mas yo ¡milagro nunca visto! vivo
Zeloso, ausente, desdeñado, y cierto
De las sospechas, que me tienen muerto:
Y en el olvido en quien mi fuego avivo,

Y entre tantos tormentos, nunca alcanza
Mi vista á ver en sombra á la esperanza:
No yo desesperado la procuro;
Antes por estremarme en mi querella,
Estar sin ella eternamente juro.

¡Puédese por ventura en un instante
Esperar y temer, ó es bien hacello,
Siendo las causas del temor mas ciertas?

¡Tengo, si el duro zelo está delante,
De cerrar estos ojos, si he de vello

Por mil heridas en el alma abiertas?

¡Quién no abrirá de par en par las puertas
A la desconfianza, cuando mira
Descubierto el desden, y las sospechas,
¡O amarga conversion! verdades hechas,
Y la limpia verdad vuelta en mentira?

¡O en el reino de amor fieros, tiranos
Zelos! ponedme un hierro en estas manos:
Dáme, desden, una torcida sogá.
¡Mas ay de mí! que con cruel vitoria
Vuestra memoria el sufrimiento ahoga.

Yo muero en fin, y porque nunca espere
Buen suceso en la muerte ni en la vida,
Pertinaz estaré en mi fantasía.

Diré, que va acertado el que bien quiere,
Y que es mas libre el alma mas rendida
A la de amor antigua tiranía:

Diré, que la enemiga siempre mia,
Hermosa el alma, como el cuerpo tiene,
Y que su olvido de mi culpa nace,
Y que, en fe de los males que nos hace,
Amor su imperio en justa paz mantiene.

Y con esta opinion y un duro lazo,
Acelerando el miserable plazo
A que me han conducido sus desdenes,
Ofreceré á los vientos cuerpo y alma
Sin lauro ó palma de futuros bienes.

Tú que con tantas sinrazones muestras
La razon, que me fuerza, á que la haga
A la cansada vida que aborrezco:

Pues ya ves, que te dá notorias muestras
Esta del corazon profunda llaga,
De como alegre á tu rigor me ofrezco:

Si por dicha conoces que merezco
Que el cielo claro de tus bellos ojos
En mi muerte se turbe, no lo hagas:
Que no quiero que en nada satisfagas,
Al darte de mi alma los despojos.

Antes con risa en la ocasion funesta
Descubre, que el fin mio fué tu fiesta.
Mas gran simpleza es avisarte desto,
Pues sé, que está tu gloria conocida

En que mi vida llegue al fin tan presto.

Venga, que es tiempo ya, del hondo abismo
Tántalo con su sed, Sísifo venga
Con el peso terrible de su canto,

Ticio traiga su buitire, y ansimismo
Con su rueda Egion no se detenga,
Ni las hermanas que trabajan tanto.

Y todos juntos su mortal quebranto
Trasladen en mi pecho, y en voz baja
(Si ya á un desesperado son debidas)
Canten obsequias tristes, doloridas
Al cuerpo, á quien se niegue aun la mortaja.

Y el portero infernal de los tres rostros,
Con otras mil quimeras y mil monstruos
Lleven el doloroso contrapunto:
Que otra pompa mejor no me parece,
Que la merece un amator difunto.

Cancion desesperada, no te quejes,
Cuando mi triste compañía dejes;
Antes, pues que la causa do naciste,
Con mi desdicha aumenta su ventura,
Aun en la sepultura no estés triste.

Bien les pareció á los que escuchado habian la cancion de Grisóstomo, puesto que el que la leyó dijo, que no le parecia que conformaba con la relacion que él habia oido del recato y bondad de Marcela, porque en ella se quejaba Grisóstomo de zelos, sospechas y de ausencia, todo en perjuicio del buen crédito y buena fama de Marcela. A lo cual respondió Ambrosio, como aquel que sabia bien los mas escondidos pensamientos de su amigo:—Para que, señor, os satisfagais esa duda, es bien que sepais, que cuando este desdichado escribió esta cancion, estaba ausente de Marcela, de quien se habia ausentado por su voluntad, por ver si usaba con él la ausencia de sus ordinarios fueros: y como al enamorado ausente no hay cosa que no le fatigue, ni temor que no le dé alcance, así le fatigaban á Grisóstomo los zelos imaginados y las sospechas temidas como si fueran verdaderas. Y con esto queda en su punto la verdad que la fama pregona de la bondad de Marcela: la cual, fuera de ser cruel y un poco arrogante y un mucho desdeñosa, la misma envidia ni debe ni puede ponerle falta alguna.—Así es la verdad, respondió Vivaldo; y queriendo leer otro papel de los que habia reservado del

fuego, lo estorbó una maravillosa vision (que tal parecia ella) que improvisamente se les ofreció á los ojos, y fué, que por cima de la peña donde se cavaba la sepultura, pareció la pastora Marcela, tan hermosa, que pasaba á su fama su hermosura. Los que hasta entonces no la habian visto, la miraban con admiracion y silencio, y los que ya estaban acostumbrados á verla, no quedaron menos suspensos que los que nunca la habian visto. Mas apenas la hubo visto Ambrosio, cuando con muestras de ánimo indignado le dijo:—¿Vienes á ver por ventura, ó fiero basilisco destas montañas, si con tu presencia vierten sangre las heridas deste miserable, á quien tu crueldad quitó la vida, ó vienes á ufanarte en las crueles hazañas de tu condicion, ó á ver desde esa altura, como otro despiadado Nero el incendio de su abrasada Roma, ó á pisar arrogante este desdichado cadáver, como la ingrata hija al de su padre Tarquino¹? Dinos presto á lo que vienes, ó qué es aquello de que mas gustas, que, por saber yo que los pensamientos de Grisóstomo jamas dejaron de obedecerte en vida, haré que aun él muerto, te obedezcan los de todos aquellos que se llamaron sus amigos.—No vengo, ó Ambrosio, á ninguna cosa de las que has dicho, respondió Marcela, sino á volver por mí misma, y á dar á entender, cuán fuera de razon van todos aquellos que de sus penas y de la muerte de Grisóstomo me culpan: y así ruego á todos los que aquí estais, me esteis atentos, que no será menester mucho tiempo, ni gastar muchas palabras para persuadir una verdad á los discretos.

Hízome el cielo, segun vosotros decís, hermosa, y de tal manera, que sin ser poderosos á otra cosa, á que me ameís os mueve mi hermosura, y por el amor que me mostrais, decís y aun quereis que esté yo obligada á amaros. Yo conozco con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable; mas no alcanzo que por razon de ser amado, esté obligado lo que es amado por hermoso á amar á quien le ama: y mas, que podria acontecer, que el amator de lo hermoso fuese feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el decir, quiérote por hermosa, hasme de amar aunque sea feo. Pero puesto caso que corran igualmente las hermosuras, no por eso han de correr iguales los deseos: que no todas hermosuras enamoran, que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad: que si todas las bellezas enamorasen y rin-

¹ Debe decir: *Servio Tulio*, que fué padre de Tulia, y no *Tarquino*, que fué marido. (*Tít. Liv.* lib. I cap. 46.) Este mas parece descuido del autor, que yerro de la imprenta, ocasionado acaso de la falta de libros que tendria en la cárcel.

diesen, seria un andar las voluntades confusas y descaminadas sin saber en cuál habian de parar, porque siendo infinitos los sugetos hermosos, infinitos habian de ser los deseos: y segun yo he oido decir, el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario y no forzoso. Siendo esto así, como yo creo que lo es, ¿por qué quereis que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no mas de que decis que me quereis bien? Si no, decidme, ¿si como el cielo me hizo hermosa me hiciera fea, fuera justo que me quejara de vosotros, porque no me amábades? Cuánto mas, que habeis de considerar, que yo no escogí la hermosura que tengo, que tal cual es, el cielo me la dió de gracia sin yo pedilla ni escogella: y así como la víbora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene, puesto que con ella mata, por habérsela dado naturaleza, tampoco yo merezco ser reprehendida por ser hermosa, que la hermosura en la muger honesta es como el fuego apartado, ó como la espada aguda, que ni él quema, ni ella corta á quien á ellos no se acerca. La honra y las virtudes son adornos del alma, sin las cuales el cuerpo, aunque lo sea, no debe de parecer hermoso. Pues si la honestidad es una de las virtudes que al cuerpo y alma mas adornan y hermocean, ¿por qué la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder á la intencion de aquel que por solo su gusto con todas sus fuerzas é industrias procura la pierda? Yo nací libre, y para poder vivir libre, escogí la soledad de los campos. Los árboles destas montañas son mi compañía, las claras aguas destes arroyos mis espejos, con los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura. Fuego soy apartado, y espada puesta lejos. A los que he enamorado con la vista, he desengañado con palabras. Y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna á Grisóstomo ni á otro alguno, el fin de ninguno dellos, bien se puede decir, que antes le mató su porfia que mi crueldad. Y si se me hace cargo que eran honestos sus pensamientos, y que por esto estaba obligada á corresponder á ellos, digo, que cuando en ese mesmo lugar, donde ahora se cava su sepultura, me descubrió la bondad de su intencion, le dije yo, que la mia era vivir en perpetua soledad, y de que sola la tierra gozase el fruto de mi recogimiento y los despojos de mi hermosura. Y si él con todo este desengaño quiso porfiar contra la esperanza, y navegar contra el viento, ¿qué mucho que se anegase en la mitad del golfo de su destino? Si yo le entretuviera, fuera falsa: si le contentara, hiciera contra mi mejor intencion y prosupuesto. Porfió desengañado, de-

sesperó sin ser aborrecido: mirad ahora, si será razon que de su pena se me dé á mí la culpa. Quéjese el engañado, desespérese aquel á quien le faltaron las prometidas esperanzas, confiese el que yo llamare, ufánese el que yo admitiere; pero no me llame cruel ni homicida aquel á quien yo no prometo, engaño, llamo ni admito. El cielo aun hasta ahora no ha querido que yo ame por destino, y el pensar que tengo de amar por eleccion, es escusado. Este general desengaño sirva á cada uno de los que me solicitan de su particular provecho; y entiéndase de aquí adelante, que si alguno por mí muere, no muere de zeloso ni desdichado, porque quien á nadie quiere, á ninguno debe dar zelos: que los desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes. El que me llama fiera y basilisco, déjeme como cosa perjudicial y mala: el que me llama ingrata, no me sirva; el que desconocida, no me conozca; quien cruel, no me siga: que esta fiera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel y esta desconocida, ni los buscará, servirá, conocerá, ni seguirá en ninguna manera. Que si á Grisóstomo mató su impaciencia y arrojado deseo, ¿por qué se ha de culpar mi honesto proceder y recato? Si yo conservo mi limpieza con la compañía de los árboles, ¿por qué ha de querer que la pierda el que quiere que la tenga con los hombres? Yo, como sabeis, tengo riquezas propias, y no codicio las ajenas: tengo libre condicion, y no gusto de sujetarme: ni quiero ni aborrezco á nadie: no engaño á este, ni solicito aquel, ni burlo con uno, ni me entretengo con el otro. La conversacion honesta de las zagalas destas aldeas, y el cuidado de mis cabras me entretiene: tienen mis deseos por término estas montañas; y si de aquí salen, es á contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma á su morada primera. =Y en diciendo esto, sin querer oir respuesta alguna, volvió las espaldas, y se entró por lo mas cerrado de un monte que allí cerca estaba, dejando admirados tanto de su discrecion como de su hermosura á todos los que allí estaban. Y algunos dieron muestras (de aquellos que de la poderosa flecha de los rayos de sus bellos ojos estaban heridos) de quererla seguir, sin aprovecharse del manifesto desengaño que habian oido. Lo cual visto por Don Quijote, pareciéndole que allí venia bien usar de su caballería socorriendo á las doncellas menesterosas, puesta la mano en el puño de su espada, en altas é inlegibles voces dijo:—Ninguna persona, de cualquiera estado y condicion que sea, se atreva á seguir á la hermosa Marcela, so pena de caer en la furiosa indignacion mia. Ella ha mostrado con claras y su-

ficientes razones la poca ó ninguna culpa que ha tenido en la muerte de Grisóstomo, y cuán agena vive de condescender con los deseos de ninguno de sus amantes: á cuya causa es justo, que en lugar de ser seguida y perseguida, sea honrada y estimada de todos los buenos del mundo, pues muestra que en él ella es sola la que con tan honesta intencion vive. = O ya que fuese por las amenazas de Don Quijote, ó porque Ambrosio les dijo que concluyesen con lo que á su buen amigo debian, ninguno de los pastores se movió ni apartó de allí, hasta que acabada la sepultura, y abrasados los papeles de Grisóstomo, pusieron su cuerpo en ella, no sin muchas lágrimas de los circunstantes. Cerraron la sepultura con una gruesa peña en tanto que se acababa una losa que, segun Ambrosio dijo, pensaba mandar hacer con un epitafio, que habia de decir desta manera:

Yace aqui de un amador
El misero cuerpo helado,
Que fué pastor de ganado,
Perdido por desamor.
Murió á manos del rigor
De una esquivá hermosa ingrata,
Con quien su imperio dilata
La tiranía de amor.

Luego esparcieron por cima de la sepultura muchas flores y ramos, y dando todos el pésame á su amigo Ambrosio, se despidieron dél. Lo mesmo hicieron Vivaldo y su compañero, y Don Quijote se despidió de sus huéspedes y de los caminantes, los cuales le rogaron se viniese con ellos á Sevilla, por ser lugar tan acomodado á hallar aventuras, que en cada calle y tras cada esquina se ofrecen mas que en otro alguno. Don Quijote les agradeció el aviso y el ánimo que mostraban de hacerle merced, y dijo que por entonces no queria ni debia ir á Sevilla, hasta que hubiese despojado todas aquellas sierras de ladrones malandrines, de quien era fama que todas estaban llenas. Viendo su buena determinacion, no quisieron los caminantes importunarle mas, sino tornándose á despedir de nuevo, le dejaron, y prosiguieron su camino, en el cual no les faltó de que tratar, así de la historia de Marcela y Grisóstomo, como de las locuras de Don Quijote, el cual determinó de ir á buscar á la pastora Marcela, y ofrecerle todo lo que él podia en su servicio. Mas no le avinó como él pensaba, segun se cuenta en el discurso desta verdadera historia, dando aquí fin la segunda parte.

